

SANTIAGO BULLRICH

CUADERNOS
DE NARCISO

EDICIONES
BOTELLA AL MAR
BUENOS AIRES
1956

EDICIONES BOTELLA AL MAR
DIRIGIDA POR
ARTURO CUADRADO Y LUIS SEOANE

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723
Copyright by *Botella al Mar*, Buenos Aires

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el día 25 de abril de 1956 en la
Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires - República Argentina

Nos encontrábamos, unos amigos un poco alegres y yo, en la casa de campo de los R. A. Aburrido de la algazara general y con curiosidad, empecé a recorrer los cuartos un tanto lunáticos del caserón. Era tarde ya.

Me detuve frente a una puerta cerrada, que estaba tentándome a entrar allí (no es que me gusten las puertas abiertas), y naturalmente, entré.

Junto a una ventana, con los postigos semicerrados, un mueble de cajones sugerentes.

Una ráfaga de risas o de música, llegaba desde la sala donde el whisky hacía de las suyas.

En un cajón del escritorio, encontré, o busqué, estas páginas desordenadas dejadas allí, como para que nadie las leyera nunca. Algunas tenían como firma una N. mayúscula, aristocrática, dibujada con letra muy irregular. Las páginas sueltas, con muchas tachaduras que no lograban remendar el estilo duro y algunos errores que (por mi incapacidad), en homenaje al pensamiento, ni muy original, ni peculiarmente claro de un autor adolescente, no pude corregir sino mentalmente.

Todo, sin embargo, aquella noche, no podía menos que arrastrarme con su amargura, debido no sé a qué momentáneo estado depresivo de mi humor, que la superficialidad había dejado fluir.

Como un ladrón sorprendido, oí que alguien entraba al cuarto y sonreí un poco cobardemente. Con mucha desconfianza, el joven que había entrado, mirándome en los ojos, se sentó en la silla de paja frente a mí.

—¿Qué te parecen? —me preguntó.

—¿Son tuyos?

—No...

Sonreíamos ambos, porque sabíamos que él y yo podíamos haber escrito algo así, antes, entonces.

Ahora no, nunca más.

—¿Quién es N.? —le pregunté.

—No sé, ya no está.

Pero lo decía como si pudiera volver en cualquier momento.

Hablamos largo rato sobre N. Dónde estaría, qué le había pasado, qué le faltó. Uno de los dos habló sobre las mujeres.

Cuando sentimos que nuestros espíritus habían confluído en algún lugar del espacio, comenzó a contarme sobre N. Él sabía bien quién era.

Me mostró la última carta que había recibido, firmada, B. También la carta o una copia que Narciso había contestado a B.

Una carta un poco larga, que aclaró algunas insinuaciones que habían surgido durante aquella conversación nocturna.

A aquel joven, que me sorprendió desnudando la muerte de N. en sus papeles, le pertenece el prólogo que sigue a mi prefacio circunstancial, y casi ajeno.

El valor de estas hojas entrecortadas es pequeño. En sus palabras, infantilmente trabajadas, aparecen influencias de... todo el mundo.

Pero no quiero desmenuzar aún más este escrito sincero. Por algo se empieza.

Criticar esta literatura sentimentalmente confesional y culpable, no es difícil.

Pero... no es tanto lo escrito como lo sugerido, lo que me atrajo en Narciso.

Y de todas maneras, no importa.

VUELVO a mirar a través de los cristales de mis anteojos el lugar donde murió Narciso.

El espejo rectangular sobre la pared blanca, fotografías en blanco y negro de sus ídolos inmortales, las hileras de libros en la biblioteca ecléctica de sus sonrisas, de su voluptuosidad ante la belleza, y de sus lágrimas.

La ventana desproporcionada quizás, desde la cual los ojos se deslizan hasta el río lejano. Allá, atrás, los colores irreales, nocturnos. Nada nuevo encuentro en aquel cuarto donde solíamos estar silenciosamente, coincidiendo en nuestras meditaciones.

Lector, si continúas leyendo la vida de Narciso, no te sonrías (lo adivino) con tus ojos cínicos o escépticos que se arrastran sobre las letras.

Él fué mi amigo, mientras que a ti no te conozco, no sé qué piensas, ignoro si comprenderás el misterio de sus esperanzas y de sus temores. Casi quisiera (el pudor me impulsa con fuerza a desearlo) que no adivinaras todo lo que se encuentra detrás de las palabras que se han recostado sobre el papel.

¡No sigas! Te lo pido como si pudiera suponer que tu insensibilidad puede percibir mi voz aguda y monótona en este ruego vano de mi inestable deseo. ¡Oh imagen de Narciso, perdóname!

He querido erigir este reclinatorio por si un soli-

tario caminante que silba de noche por la calle se detuviera un instante frente a tu recuerdo y quisiera meditar ante el vacío.

Al menos tú, comprenderás.

... unless indeed the life-weariness has
already seized the heart when it will
be death that calls with the promise
of bliss that formely was the lure of
love.

JOSEPH CAMPBELL.

¿QUIÉN era? ¿Quién soy? Qué seré . . .

Sí, soy eso que no existe. Mil veces empecé una creación y allí, en las primeras páginas, me perdía invariablemente.

Hoy empiezo de nuevo.

Llueve.

Cansado de esperarla busco febrilmente la idea.

¿Qué ha de ser esto? ¿Un conjunto de pensamientos? ¿Lágrimas? No lo sé, y escribo simplemente al volcarse las ideas dentro de mí.

Cae incesante la lluvia.

No sé si escribo para ser leído o para admirarme en la escena.

Porque yo soy el protagonista.

EL suicidio, que no era sino el terror de aquello. Ansia y miedo para entregarse a él. La luz entrando por la ventana es caliente y amarilla. El cielo un pedazo bien limpio de azul. El verde y blanco. Los libros y las fotografías me encantan. Abrir la ventana y respirar la belleza de la tranquilidad, el pasto, los faroles prendidos a deshora, la gente.

Comprendí.

Todo aquello que había perseguido se me representó. Sentí también un espasmo, dolor. Abrí bien la ventana. Mi cuerpo se llenó de calor y de sol. Tomé el cuchillo que tenía sobre aquel escritorio y supe entonces lo real y satánico, mientras un flujo de sangre bañaba tibio la mano fina.

El sol se nublaba a mi vista y en medio de un nuevo chorro de sangre, cuando menos la esperaba me asustó, y entró, y la abracé, pero tuve que soltarme, porque no podía.

SENTADO en el gran patio del colegio, del lado del sol.

Los rayos calientan un poco mi cuerpo. Pero quién ha de comprender mi soledad.

No recuerdo. Deseo. Y este deseo insaciable me llena la vida. No veo, no miro. Siento, y esta sensación táctil que no sé satisfacer, me tortura. Quiero, sin querer lo que quiero. Río cuando lloro, y cuando lloro a veces río, sin que algo dentro de mí me hiera y me haga recordar: olvido.

La angustia me reseca la boca. No me deja, y el vértigo se pasea en mi cerebro, sin encontrar salida. Abro la puerta.

Sobre la cama hay un crucifijo, pero ya no importa, puesto que no hay fe en mí.

FRENTE al río la casa de ladrillos colorados. El río sucio, manso, tan manso.

Desde el embarcadero con techo de paja se zambulle y el agua fresca, que corre, acaricia la piel lámina bronceada.

Sube por la empalizada escurriéndose el agua. El sol cae sobre su sangre y sobre el pasto húmedo y tibio.

A lo lejos, la sucesión de islas continúa bordeando el río, que se ensancha cada vez más, dando curvas. En los recodos se ven las raíces de los árboles ribereños, desnudos, sedientos. Sombra, frescura de las hojas verdes. Algunos ranchos rústicos, sobre pilotes.

En el chinchorro, una pareja se acaricia. Sus labios hinchados rozando los de la muchacha, como el agua sobre la piel.

Ya no es el riacho de antes. Se abre masa de líquido apacible y natural.

La mano que busca lo erótico ansía amar, y ella produce el hastío del amor, de poder. Los juncos se inclinan y ya no se mueven con el ritmo del sexo. Sobre el barro del fondo, muy profundamente, una sombra joven encuentra su reposo. Las pirañas prendidas devorando la carne que fecunda el agua. Las ventanas se asustaron cuando los cabellos del agua rodearon la casa.

Indiferentes ventanales.

A PENAS se percibe el embarcadero entre las tinieblas, y una sombra que mira con placer la serenidad del paisaje lunar, del resplandor movable que refleja el agua mansa y oscura.

Se oye como una puñalada que llena de sobresalto, el graznido del biguá, fantástica carcajada de loco, que resuena, y se apaga en el misterio natural de la noche.

La sombra, multiplicada por las luces de los faroles junto a la mesa, se transforma y sigue admirando el río pardo.

Los sauces mueven sus ramas lánguidas.

¡Biguáaaa! ¡¡Biguáaaa!!

Algunas vidas ya no son. Otras, pensar que recién comienzan pero el río corre, infatigable. La sombra piensa y recuerda porque junto a esa luna había dejado algo, y volvía a recobrarlo.

Todo, el sol y los enormes gigantes planetas son mucho más chicos que mis islas, porque aquí estoy yo, mi mundo.

Entre los ríos enredados, telarañas de arroyos y riachos, hay una casa llena de enredaderas. Con una torre, con techos y ventanas altas, con persianas pintadas de verde, galerías frescas, grandes sillas de rafia, alguno que otro grabado, cuadros simpáticos y sobre la chimenea, un reloj (que nunca anduvo).

Salir de la casa para mirar, recostado bajo el olmo herido, pasar la corriente.

Domingo de verano. Su calor insoportable, los rayos del sol penetrando todo blanco. Las catedrales eran blancas.

El sacerdote se seca el sudor.

La tierra es húmeda, su olor salvaje se respira en el aire junto con el suave oleafragans que se huele desde enfrente.

La tormenta viene del oeste cubriendo de cirros muy blancos el cielo límpido, azul.

Nubes grises y una luz fantasmagórica.

Otro rayo rojo parte en dos la negrura, y la oscuridad de la noche es casi más piadosa que la luz.

Al día siguiente todo terminó. Paz, quietud, inmenso arcoiris que limpia el cuerpo y lo llena de vida. El agua es un bálsamo voluptuoso del miedo olvidado. El sol es macho y su calor nos llena de deseo.

La fuerza la sentimos en nuestros miembros, en los brazos, en las piernas, en los labios, en los brazos.

Por eso a veces, cuando el río arrastra su cuerpo muy lentamente, como una boa plateada por la luna, alguien que rema despacio, mira el disco lunar y el reflejo, y la sombra superpuesta de los árboles, la ca-

sa, y entre la oscuridad iluminada, cree ver a alguien nadando, apenas visible.

Cuando lo va a golpear con el remo, su corazón se paraliza porque es un cadáver, y de pronto, el graznido del biguá lastima otra vez la noche virginal, oyéndose el eco de la selva, repitiendo: ¡Biguáaaaaa! ¡¡Biguáaaaaaaa!!

HACE tanto.

De nuevo el verano de Buenos Aires.

Silbar mejor que los pájaros. La plaza con el pasto estropeado. Claro, si siempre lo están pisando los chicos que juegan. Cuando baja a las mañanas por la barranca esa cuadra, después la sombra, las hojas de los plátanos verdes, y arriba *azul*.

Las avenidas color de acero medio derretidas, y el alquitrán pegajoso.

Un año, los días y las noches.

El sol cae clavándose en la vereda sobre el gran camino gris plateado, gris negro. Las casas feas se inclinan caprichosamente.

La luz fuerte, hace vibrar todos los objetos, entornar los ojos. La alta torre de los ingleses.

Roja, decrepita, con un campanario que cosquillea su sensibilidad.

El aire envuelve todo con un calor tan animal que su penetración es casi...

Unos metros más abajo, el agua pesada, oscura y opaca, se mueve contra el espigón de piedra.

Sobre la cabeza, gaviotas blancas y un mar monótono, calmo, vital, que arrastra, en su fuerza inevitable, plantas e islotes enteros, sedimentos que van llenando su gran boca, llenándola en un intento final de creación.

La imagen desaparece entre la niebla que se levanta del río, y desaparece en su imaginación.

Volver y recordar.

El atardecer somnoliento, las luces también apenas perceptibles. Quizás llueva mañana. Y la luna rodeada de niebla es un planeta absurdo, irreal, redondo.

NUBES que van al este.

Las hojas de las palmeras se inclinan hacia el mismo lado.

El día se alarga.

En la calle pasan caminantes empujados por el viento. Con los vestidos volando, como las hojas de las palmeras verdes, hacia un mismo lado. En el bar que forma esquina, muy cerca de aquí, veo los chicos corriendo por la vereda.

Se ven pasar los coches entre el humo del cigarrillo.

En los dedos olor a tabaco.

La calle, el humo del cigarrillo.

DESPRECIARSE. Admirarse. Nada que asfixie más.
El cuarto cerrado.
Corre fresco que alivia la pesadez morbosa y húmeda del verano.
Una brisa que abre todas las puertas y que respiramos sedientos.

ME recitó algo de la Comtesse de Nouailles y de Apollinaire.
La noche fría, el whisky. Estaba bastante mareado.
Frío y lluvia.
La noche bestialmente cae inconsciente.
Ni siquiera he podido leer.
Del otro lado de la persiana a lonjas paralelas, de madera, la noche, los faroles encendidos, el amor.
Ladra un perro. A través del aire como un estilete entra en el silencio y lo raja.

ANSIEDAD, sed insaciable, angustiosa, de querer.
Llegamos a San Pedro. El viaje largo y la llanura in-
colora, inundada.
Terminé "Les Beaux Quartiers" de Aragón: extra-
ordinario. Armand es lo que quisiera ser.
Comienzo nuevamente el Finnegans Wake.
Y no poder hacer una novela.
El sol inmenso, colorado, chato, en tangente con el
horizonte. La oscuridad aumenta.
Algún día todo esto será como un sueño cumplido o
fracasado.
¿Qué pensaré cuando vuelva a abrir este cuaderno?
¡Atrayente relación del futuro!
Entró al cuarto, todo se tambalea.
La realidad, mi realidad gris se levanta como una
jaula a mi alrededor.
Sentarse a escribir bajo el sol.
El gato maúlla. Unos espasmos fuertes lo agitan. Su
cola se mueve sacudida por descargas eléctricas y
lanza, lanza...
Se acuesta sobre sus patas y descansa a la sombra
del tarro que sirve para llevar agua.
Entre los barrotes de mi jaula hay bastante lugar
como para sacar el brazo y alcanzar el cielo azul.
El gato empieza de nuevo, deja una pasta blancuz-
ca, y la huele.

ACABALLO hasta puerto Obligado.
Desde el muelle, se ve mucho más lejos el río ancho,
colorado, marrón y las islas.
Algún lanchón.
Debajo del muelle, se oye el ruido del agua, al for-
marse los remansos, en las rocas y en los pozos.
Mi cielo azul y mi paisaje.
A la sombra de un jacarandá jesuítico, hay un cañón
del 1800.
La vuelta de Obligado.
El ruido sordo de las bombas. Una cadena muy
g gruesa sobre la corriente y tres o cuatro fragatas
en el medio, sin poder acercarse.
El sol ya desaparece, y con él, el trueno de los ca-
ñones.
Estampidos de fusiles cortan la oscuridad del atar-
decer.
Despacho de Forest. VICTORIA.
La noche y una luna que se refleja sobre la tran-
quilidad pasmosa del río.

LA noche negra, sin otra luz que la de mi cuarto. Afuera se oye como el grito de un grillo, pero tan fuerte, que no puede ser. Monótono, continuo, eterno.

Atrás las campanadas, apagadas, alargadas, que llegan desde la iglesia del cementerio. Monótono, igual.

La melodía sentimental, una voz que no dice nada, que no sugiere nada, y que pretende resolverlo todo. Monótono. Igual.

Es todo y no es nada.

Es mi vida.

Entre dos espejos, sólo queda la imagen.

Infinito.

Y en este infinito estoy yo. Somos yo y mi cielo azul, somos yo y el agua tibia y marrón del río, yo y el verde, y el sol, y la sombra, y los hombres.

CÓMO gritan los teros cuando, al galope, se acercan hombres a sus nidadas.

Cómo vuelan agresivos, con sus alas blanquinegras, mientras se lanzan rozando casi las cabezas.

Cómo brilla el agua tan calma en medio. Lago irregular, lago de agua estática, del campo. Los flamencos, como ciegos con sus bastones y sus plumas color rosado, que despliegan para elevarse al escuchar el golpe regular del galope.

Se elevan pero no se van.

Dos muchachos, se paran delante de la laguna superficial, extasiados, sonrientes.

Se quitan las botas y pisan el barro esponjoso, barro fresco, metiéndose en el agua mientras los caballos comen algo del pasto que cubre tanta extensión.

Las aves vuelan y sobrevuelan en círculos o espirales, pero lo más lindo es ver planear lánguidas gaviotas contra el cielo.

¿Por qué el estrépito de la pólvora estremece la superficie en mil espejuelos movibles, que rompen la figura reflejada?

Ya no sonríen los ojos ávidos de azul, puesto que la escopeta sigue oyéndose tan lejos, que eso aumenta la sensación de inmensidad, de tierra, de cielo.

¿Hay algo más cálido que dos ojos en dos ojos volcarse?

Dos muchachos que se sonríen, que ven el vuelo de pájaros en bandadas, que rompen el silencio de manera tan cortante.

No sonríen más, o por lo menos uno de ellos tiene ganas de gritar tan fuerte, como para tapar el ruido hiriente, y volver a empezar.

Tranquilizar las evasivas ondas del agua. Silenciar el trágico chirrido de pájaros en bandadas, aterrador.

Calmar los ojos fijos de los caballos que han parado las orejas expectativas, y que se alejan, cuando los muchachos quieren acercarse para montarlos de nuevo.

UN silencio tan largo que su voz ya no era la de ayer.

El cuarto con dos camas de hierro, un armario pesado de caoba, y una mesa con algunos libros.

—encima los cigarrillos—.

Afuera la inmensa llanura interminablemente verde con algunos manchones, violetas o amarillos, de las flores silvestres.

Vuela muy suavemente sobre el lago —soledad— el chimango, cayendo como una flecha sobre el ojo frío de una oveja, sangrante.

La soledad del lago.

El viento arrastra las nubes sobre el monte de la estancia.

Aurora, anuncio de la mañana.

Sobre las sábanas arrugadas de amor, queda la tibieza del deseo dolorosamente satisfecho.

Por la angosta abertura, huye una sombra frágil.

Las pisadas rompen la escarcha sobre el pasto, y pasa su brazo, rozando un tierno abeto gris.

La línea del horizonte siempre se aleja, y los ojos que escudriñan el polvo levantisco —hacia el lado de la tranquera— adivinan el paso de una tropa de pampas.

Son dos ojos grises, dos cejas negras, anchas y una nariz angosta, encorvada.

El sudor blanco del caballo traspasa la bombacha, y el olor se mezcla con la flor del zapallo.

Rígidos, pero con toda suavidad, un sembrado de girasoles llena tan apretado el potrero, que parece una alfombra amarilla, hecha de soles frescos, llenos de vida, colmados de semillas. Son como una luz sobre el campo parejo y monótono.

En la noche se oye el ladrido de una perra alzada y la algarabía de los perros.

El prolongado y melancólico ladrido se dirige a la luna de plata.

En el cuarto se oye el cuchicheo de una voz frágil. Sobre la cama queda una forma confusa, y en el cuarto, entre el olor a tabaco y pantalones sudados, una fragancia silvestre.

El tiempo, que marca para alargarlo un sonido agudo, se detiene ante el espectro angustioso de dos ojos hambrientos, que no vislumbran en medio de su delirio, sino la fría solidez de la ciudad.

Cae
del
cielo
una llovizna helada.
El cielo curvo irregular y gris,
parece haber sido siempre así
buscamos en vano, un poco de

AZUL.

Porque nuestros ojos sólo perciben monotonía opaca.
El viento corre arrastrando las hojas con desgano,
las hojas muertas. A través de nuestra

SANGRE

corre un hálito de funesta melancolía.
Patetismo de la inacción de ver, desde la ventana,
las gotas de agua fría caer sobre el pasto mojado.

LA pálida luz de un farol que cuelga sobre el medio de la calle y borrona una sombra alargada sobre la vereda.
El eco de pasos se aleja al doblar la esquina.

Larga aguda insistencia.
La ciudad acurrucada en su indolencia nocturna.
Con altibajos el silbato de la ambulancia, el chirrido de frenos —oscuridad.
La camilla blanca y sobre su vítrea pureza un círculo medio húmedo de sangre.
Un cuerpo tendido sin vida.

EL sol entrando por la ventana me da en la cara y en las manos.

Si todo pudiera concluir así; tan fácilmente.

La playa lisa se inclina hacia el mar. Uno tiene ganas de ir corriendo a tirarse dentro del agua verde y espumosa.

El cielo abovedado es el límite de la vida y del pensamiento.

Los pies se apoyan sobre la arena hirviente y su cuerpo ha formado una huella suave. Su cuerpo tostado, liso, como la arena de la playa.

¿Ruge en la selva exótica?

El cuchicheo de los pajarracos se interrumpe y un silencio de expectativa llena la maleza verde. El movimiento de las ramas se calla.

Baja el cuerpo grueso de la boa, su deslizarse — agrega al silencio — el asombro de la visión inesperada, avanza lentamente y oculta por el pasto, aguarda como el resto de la selva, lo que está por acaecer. Porque la pantera ha hablado.

La forma humana —nunca vista— aparece ahora entre las ramas. La flor silvestre eleva su cara. Él aviva sus ojos, sus rasgos, sus manos finas y su pelo renegrido.

De pronto surge la garganta roja y abierta de furia y de fuerza. Se arroja sobre la forma que no se mueve. Mira inmóvil un lugar en la sombra del follaje y muerde destrozando los músculos. La sangre, goteando, enrojece las hojas verdes pisoteadas por las garras agudas.

Los labios, entreabiertos, suspiran impotentes.

La noche es el descanso de las flores. La luna se filtra lánguida a través de la fronda.

En la playa la espuma sigue en ascenso, cubriendo, suavemente disolviendo en la arena, el recuerdo del adolescente.

CUÁNDO afuera corre el viento durante días enteros, el paisaje del cielo aburrido y gris me atrae, como cuando en la calle hay un accidente, y todos los transeúntes corren formando un círculo, —mirando estúpidamente los autos destrozados.

La calle solitaria y las hileras de paraísos con sus hojas estériles. El silencio de la calle, lejos de tranquilizar mis pensamientos, parece influir para que uno tras otro se arrojen como bólidos, llenando mi cabeza —virgen de ideas tan grandes—, que creo nunca han penetrado con tanto vigor en la mente infantil.

Camino pues, viendo toda la solidez ficticia de las casas que yo sé que han caído, y cuyos cimientos tiemblan, hiriendo, cada uno, una parte sensible de mi corazón.

Mis ojos buscan una razón lógica de todo este desastre sin igual, que a mi alrededor se extiende y que me deja desamparado —como en medio de un juicio final—. Parado sin poder moverme en una llanura pálida, infinita, incomprensiblemente grande.

Mi primitivo amor al cielo, al verde de las hojas, y al iris de las flores que crecían en el jardín de mi casa.

Las olas son tan grandes que, desde la ventana, junto al mar, las veo alejarse y volver cristalinas, transparentes, para caer con el filo de una espada sobre las cabezas de antiguos caballeros medievales. El cielo intenso, sólido, se refleja sobre agua como sobre una plancha de acero pulida.

Solos frente al mar. Muy pocas huellas antes que las nuestras habían descubierto el encanto de aquella soledad.

El constante rumor del agua.

Olvidando todo, la besaba y abrazaba entre mis brazos.

Las mañanas calientes del verano azul de aquel año.

El sol me daba la alegría que quería, acariciaba mi cuerpo, y el agua marrón del río refrescaba mi sed juvenil.

El café con leche humeante. La taza blanca llena con su hervor. El frío prematuro de su alma. El cuerpo se calienta, la boca reseca y rígida se ablanda.

Los ojos se humedecen y miran la imagen invisible, sentada a su lado, sonriente.

Quebrado aún antes que su cuerpo.
Desgarrado con cuanto más dolor... en tanto tiempo.
Y la angustia desesperante, al abrir la ventana. Estaba solo, irremisiblemente.

El suave olor a tantos deseos.
Como el agua tibia de un río isleño que nos rodea con gracia las piernas, el cuello y la cintura, que entrelaza nuestros brazos con los suyos. Tan ardoroso como el fuego del hogar invernal en el rincón del cuarto oscuro.
Tan voluptuoso como una virgen desnuda y exótica que se desliza felina entre las serpientes tropicales y las sombras. Pero tan inalcanzable ¡helas! como un sueño lunar.

El sol como lanzas caía sobre la galería techada que rodeaba toda la casa. Los árboles —cedros altísimos— parecían sudar de calor, y los caballos que pasaban, conducidos por los peones, sudando en el cuello y en las ancas. Iban con la cabeza baja, caminando con pesadez por el camino de tierra que pasaba a unos metros, entre los plátanos plateados.
Más allá, el extenso monte de eucaliptos. Sus troncos manchados, fantasmales. Con sus ramas verdísimas haciendo sombra fresca.

El viento apenas corría, pero los cardos se mecían y ya no podían ellos separar sus ojos. Manifestación primera de sus deseos.
Recordaba y tenía lástima de sí mismo. Tenía ganas de llorar... pero no podía, o no sabía.

LA calle Schiaffino sube de pronto y se trepa por la barranca que se pierde en el monumento colorado de un héroe (?) . . . y en el anchísimo pavimento gris plateado de la avenida.

Ahí, en esa extensión. Ya sea que las casas son más blancas, o a causa de las estatuas casi pueriles. Ya sea que las hojas verdísimas de los árboles florecen más amarillas . . .

En una de esas casas blancas, frente a una palmera apenachada, vive un muchacho que baja todas las mañanas, con paso aparentemente descuidado. Se protege en la sombra salpicada de luz de los plátanos viejos, ahí abajo.

Por la noche, cuando parecería que prestándose mucha atención se alcanzaría a escuchar el silencioso rumor del río (pero sólo se perciben las campanadas, asonadas, alargadas, del campanario vecinal), una luz se escapa por entre las persianas, hasta bastante tarde.

Pero éste era un día claro, casi de primavera. Un poco irreal en sí mismo. Sin embargo, todos los que entraban parecían contentos del sol que brillaba con sus rayos demasiado rectos sobre las baldosas

cuadradas del patio, rodeado de paredes monótonas e indiferentes.

Desde el suelo hasta lo alto de la pared —que era línea entre el azul y el gris cortante—, hileras de ventanas ciegas, tres hileras simétricas.

Desde una de esas ventanas, dos ojos fríos miraban como obsecados el rectángulo que se transformaba en círculo, en vacío, en distancia infinita de abandono, o de descanso.

Mirar desde una ventana abierta el cuadrado de cielo celeste, blanquísimo, hacia un lugar impreciso del espacio, que es fin. Pararse en medio del silencio que acentúa una voz incomprensible. Ver hacia atrás el agua que se escurre entre los mosaicos ámbar de orina. Oír, o creer oír entre el viento la respiración.

Oír los pasos que se alejan, extender las manos un poco pálidas y venosas hacia ese límite. Sentir las piernas dobladas y dejar el cuerpo como suspendido en el aire, con la cara vuelta al cielo azul intenso, y los ojos vertiginosamente clavados ahí. De pronto como una oleada que sofoca, que desmaya, que asfixia, espasmo del nervio, un miedo, un terror, una gigantesca fuerza golpea, y produce un grito tan terrible, tan solo y sórdido —en el patio rectangular—, que el golpe seco que cruje es nada y luego, un cuerpo tendido, hecho pedazos, que sangra sobre las baldosas cuadradas, ocres.

Nada son los murmullos casi insolentes que rodean un cuerpo mutilado, que ruge de dolor, el aullido in-

fame y estúpido de una ambulancia. Menos que nada es la mueca de los dientes —empalizada de sangre—, rotos, la humedad pegajosa que oscurece un pantalón con sangre, el hueso descuajado que se adivina debajo de la manga informe. La mano tardía, culpable, que acaricia los pelos sucios de caspa. La mirada vacía, ingrata, que queda clavada sin que nada, ni las palabras, ni el cariño, ni otras miradas, la tuerzan de su indiferencia a todo, menos al inmenso rodar de una forma gigantesca sobre la que se deslizan los rayos cortantes y demasiado verticales de un disco enceguedor de espejo de luz, que choca en un silencio caótico.

De noche dije, a través de las lonjas paralelas de las persianas, se oyen algunos sonidos de la radio que inquieta el sueño del chico que duerme en la otra cama. Pero de todos modos sigue durmiendo, porque nada lo turba. Ni el sol ni el vacío, ni la puerta abierta que deja entrar tantas cosas. Sólo quizás algunas creaciones de su cerebro casi muerto, en medio del dormir, imágenes de nuestros pecados.

Se llama Enrique este muchacho que baja por la barranca de la calle, mientras la lluvia cae desde temprano, y cae con tanta regularidad que no puede terminar de llover nunca más.

Fuera de algunos automóviles que avanzan insen-

sibles sobre el macadam casi negro, la ciudad parece vacía.

Un perro con los pelos largos y las orejas puntiagudas mira acercarse al hombre con los ojos, y el hombre rompe nueces con los dedos.

El perro lo sigue, caminando sobre el camino de pedregullo empapado de la plaza.

Los barquinazos de la ambulancia. El cuerpo y la cabeza que se golpean.

Pobre tipo.

